CHICHEN-ITZA Y TULA: COMENTARIOS A UN ENSAYO *

POR ALBERTO RUZ LHUILLIER.
U. N. A. M.

En el primer número de ESTUDIOS DE CULTURA MAYA, anuario del Seminario de Cultura Maya de la Universidad Nacional Autónoma de México, publicamos un ensayo de George Kubler titulado *Chichén-Itzá y Tula*, en el que el autor fundamenta una tesis opuesta a la que ha aceptado la mayoría de los investigadores respecto a las influencias que se observan entre ambos centros.

El doctor Kubler es ampliamente conocido por ustedes. Aunque su especialidad es la historia del arte —que enseña en la Universidad de Yale—, sus investigaciones abarcan también la antropología. Citaremos algunas de sus obras: *Religious architecture of New Mexico*, *Arquitectura Española 1500-1800*, *Art and Architecture of Ancient America*, *Mexican, Maya and Andean Peoples*.

La tesis del doctor Kubler puede resumirse así: por más que la opinión generalizada de los investigadores coincide en atribuir a los toltecas una serie de elementos característicos de cierta época de Chichén-Itzá, tales elementos deben haber sido llevados de Yucatán a Tula, ya que sus antecedentes pueden encontrarse en el área maya o en otras áreas, en épocas anteriores a Tula.

Pero veamos los puntos principales de la tesis del doctor Kubler.

La secuencia arquitectónica correspondiente al período tolteca comprendería tres fases que la secuencia escultórica confirmaría:

* Conferencia presentada en la Sociedad Mexicana de Antropología el 5 de octubre de 1961.

a) temprana (siglo XI). El Caracol y la Subestructura de El Castillo.

b) media (siglo XII). El Templo del Chacmool, El Templo de los Guerreros y el Castillo.

c) tardía (siglo XIII). El Juego de Pelota, el Mercado, y plataformas de Venus, Aguilas y Tigres y Tzompantli.

Uno de los puntos que afirma el doctor Kubler es que: "Las excavaciones de Tula revelaron solamente las formas que caracterizan a la segunda y tercera fase de la influencia tolteca de Chichén-Itzá..." y que "no hay nada en Tula que corresponda a los primeros períodos del arte tolteca en Chichén-Itzá", de lo que deduce que: "Esto sugiere que Tula fue más bien una avanzada colonial de Chichén-Itzá en vez de lo contrario."

Es cierto que existen en Chichén-Itzá ideas y formas no mayas, pero no procederían forzosamente de Tula. Es así como la serpiente emplumada, antes de ser elemento característico de los toltecas lo había sido de los teotihuacanos. El Caracol, como otros edificios redondos, sería de origen mexicano, pero sus bóvedas, molduras y mascarones son típicamente mayas, del estilo Puuc. Las bases en talud de las estructuras se conocen de Mitla, así como las columnatas interiores. Los tableros cerrados del Templo de los Guerreros tendrían su antecedente en Teotihuacán, mientras que los tableros con secciones salientes como los del Castillo, recordarían a los de Monte Albán.

Volviendo a la primera fase del período tolteca en Chichén-Itzá, tanto el Caracol (pese a su concepción mexicana) como la Subestructura del Castillo, presentarían perfiles "más parecidos a la arquitectura del período Puuc que a los perfiles de los monumentos de la época floreciente de los Toltecas". Las molduras se parecerían a las de Xpuhil, en la región de Río Bec en una fecha temprana del clásico tardío.

En cuanto a la escultura, pasando revista a los principales elementos considerados como diagnósticos de la influencia tolteca en Chichén, el doctor Kubler presenta las siguientes opiniones. El asiento en forma de jaguar que aparece varias veces (Tigre Rojo en el Castillo, trono en el Templo Inferior del Juego de Pelota, trono al pie del Edificio de Las Monjas), tiene antecedentes en varios centros mayas, tales como Uxmal (trono de jaguar bicéfalo en la plataforma frente al Gobernador), Palenque (tablero del Bello Relieve y lápida del Edi-

ficio "E" en el Palacio), así como en Tikal, Piedras Negras y Xultun.

Las figuras humanas soportando altares o mesas, denominadas "atlantes", pueden originalmente ser, como lo sugirió Thompson (*Sky Bearers, Colors and Directions in Mayas and Mexican Religion*), representaciones de los Bacabes que a los cuatro puntos cardinales sostenían al cielo, es decir, que la idea de seres humanos en peculiar actitud de cargar algo sobre la cabeza y las manos alzadas, podría ser maya y no tolteca.

También sugiere Kubler que las cariátides de Tula podrían tener sus antecedentes en los atlantes de tamaño mayor, hechos en tres secciones, que se conocen del Templo de la Fecha y del Templo de los Atlantes (Estructura 3C6), ambos de Chichén Viejo.

Refiriéndose a las esculturas llamadas "chacmooles", el mismo autor admite que su origen es un enigma, pero al recordar que en Chichén se encontraron en gran número (menciona 14) mientras que en Tula sólo recuerda una, parece más bien pensar —aunque sin decirlo— que pasaron de Chichén a Tula.

Para las columnas serpentiformes, Kubler sugiere que su invención pudo derivarse de las columnas efigies que se conocen en la región del Puuc principalmente en Oxkintok.

En cuanto a las numerosas representaciones de personajes que cubren pilares, jambas, bóvedas, banquetas o muros en Chichén-Itzá, considera Kubler que "es como si todas las figuras de perfil de las estelas procedentes del Peten de la era clásica temprana, se hubieran reunido, transformadas en sacerdotes maya-toltecas, guerreros o personificaciones de deidades...". Reconoce en dichas figuras tres grupos —temprano, medio y tardío—, de acuerdo con su secuencia arquitectónica, y entre las más antiguas estarían las de la piedra circular del Caracol, edificio anterior al florecimiento tolteca en Chichén. También juzga que: "Las figuras de guerreros del Chichén tolteca tienen muchos precedentes en la región del Usumacinta, por ejemplo Bonampak, Piedras Negras y Yaxchilán."

Asimismo recuerda que el sacrificio humano por arrancamiento del corazón (que suele atribuirse a los toltecas, y que atestiguan en Chichén varias piedras apropiadas a tal sacri-

ficio), se encuentra representado en las estelas de Piedras Negras "y posiblemente en el mural de Bonampak".

Otra representación de sacrificios, la decapitación, que constituye un motivo importante en el tema de los relieves de las banquetas del Juego de Pelota de Chichén, recuerda a Kubler "la escultura clásica veracruzana de fecha antigua", más concretamente, la estela de Aparicio, Ver.

Los relieves esculpidos en los muros y bóvedas de la Tribuna del Hombre Barbado, en el templo septentrional del Juego de Pelota de Chichén, le sugieren por su contenido que supone asociado a "acontecimientos reales junto con sus interpretaciones simbólicas" los códices genealógicos mixtecos. Incluso precisa que: "Una escena en el paramento de la bóveda muestra a un cazador tirando con una cerbatana a los pájaros de un árbol y nos recuerda exactamente una imagen parecida del manuscrito Bodley que ilustra un evento de la vida del héroe mixteca Ocho Venado."

Generalizando sus conclusiones, Kubler afirma que Chichén tolteca constituye un "renacimiento del arte clásico maya, junto con el uso ecléctico de temas extraños. . . que reflejan muchas formas antiguas del Peten, Monte Albán y Teotihuacán", y que la arquitectura resulta más cosmopolita que lo que se infiere de compararla solamente con Tula. Insiste en que Chichén fue más un centro creador que receptor, que: "A Chichén-Itzá los jefes extranjeros llevaron ideas más bien que objetos y artesanos, y eventualmente adquirieron un arte de sus súbditos mayas. Estas ideas mexicanas, vestidas con formas mayas, se implantaron más tarde en Tula."

Aunque las ideas de Kubler se derivan fundamentalmente del estudio estilístico de los monumentos, no descarta por completo ciertos datos obtenidos mediante la exploración arqueológica, tales como las superposiciones arquitectónicas, y se apoya además en la correlación de Spinden, haciendo hincapié en que los resultados de los trabajos de la Institución Carnegie y las conclusiones de Tozzer sobre Chichén, se deben en gran parte al hecho de que tanto éste como aquella se basaron en la correlación de Thompson.

Antes de discutir los puntos de vista de Kubler queremos añadir algunas posibles semejanzas más entre elementos del período tolteca de Chichén, que también se conocen en Tula y que pudieran tener sus antecedentes en lo clásico maya.

Como vimos, el autor del ensayo en discusión no ofrece ninguna respuesta a la interrogante sobre el origen del chacmool y solo apunta su mayor frecuencia en Chichén que en Tula. Ahora bien, figuras humanas recostadas se conocen en la iconografía clásica maya, algunas de las cuales corresponden a un cuerpo caído, como la de la página XLIX del Códice de Dresde (parte inferior) o en proceso de caída, como el personaje central de la lápida funeraria en la tumba del Templo de las Inscripciones en Palenque. Sin embargo el chacmool, con pies y codos bien asentados en el suelo, corresponde a un cuerpo en estado de equilibrio, y en este aspecto quizá se le acerque más cierto jeroglífico que representa a un individuo recostado, con cara del dios narigudo y con volutas o llamas en la frente. Tal glifo aparece dos veces en el Tablero del Palacio de Palenque (Glifos F-11 y J-6), siendo más parecidos aún los ejemplares del Templo de la Cruz Foliada presentados por Thompson (*Maya Hieroglyphic Writing: an introduction*, fig. 30, núms. 57-58), en que la curiosa figura recostada, aunque algo más enderezada que el chacmool, tiene sin embargo pies y codos en el suelo.

Algo vagamente Kubler sugiere para los atlantes un origen maya y no tolteca, suponiéndolos materializaciones de la idea de los bacabes que soportan al cielo en las cuatro esquinas de la tierra, pero sin mencionar ninguna representación concreta. Sin embargo, conocemos figuras paradas, con los brazos alzados en actitud de sostener algo, en la región del Puuc, en época anterior al período tolteca, que forman parte del friso del Palacio de Xculhoc, en el norte del Estado de Campeche (Proskouriakoff, "A Study of Classic Maya Sculpture", figura 95-i; Ruz, "Campeche en la Arqueología Maya", figs. XXII y XXIII).

Existe un elemento decorativo que fue hallado en el escombro del Templo a Tlahuizcalpantecuhtli, en Tula, que debió formar parte de su fachada y que aparece también en Chichén, tanto en el Mercado como en el Templo de los Jaguares del Juego de Pelota: unos tamborcillos de origen no tolteca que se derivan, como lo hizo observar Marquina (*Arquitectura Prehispánica*, pág. 861), de las ataduras de columnillas que abundan en los frisos de estilo Puuc, en que también son frecuentes dichos tamborcillos.

Revisando las formas comunes a Tula y Chichén, recordamos

a una figura humana recostada, con la cara volteada en dirección opuesta al cuerpo, y que sujeta en las manos un objeto indentificado como un largo dardo emplumado. Tal figura fue interpretada por Eric Thompson como la deidad mexicana Tlalchitonatuih ("Representations of Tlalchitonatuih at Chichen Itza, Yucatan, and at Baul, Escuintla"); se conoce de una lápida de Tula, y en Chichén aparece en la Plataforma de Tigres y Aguilas y en los frisos de la pirámide del Templo de los Guerreros. Pues bien, una figura humana recostada en posición muy semejante, y que también sujeta algo alargado a la manera del Tlalchitonatuih, adorna el dintel 39 de Yaxchilan, por más que no se trata de un dardo sino de una serpiente bicéfala de la que emergen sendos personajes.

En cuanto a la representación de una cabeza humana saliendo de las fauces de una serpiente, que tenemos tanto en Tula como en Chichén, simbolizando a Quetzalcoatl-Kukulcan como hombre-pájaro-serpiente, abunda en el arte clásico maya aunque con simbolismo seguramente distinto.

Hasta aquí hemos presentado los argumentos de Kubler y algunos más que sugerimos pudieran añadirse. Pasaremos ahora a discutir los primeros y valorar los segundos.

Una objeción previa que puede hacerse a la tesis de Kubler es que, como él mismo afirma, se basa en factores estilísticos, en el parecido de las formas arquitectónicas y escultóricas, con todo lo subjetivo que entraña tal criterio. Sin embargo, como ya dijimos, tiene en cuenta ciertas superposiciones de estructuras que proporcionan secuencias indiscutibles. Aunque no utiliza los datos históricos, no pone en duda la llegada a Yucatán y la presencia en Chichén de los invasores toltecas. Sin referirse explícitamente al regreso de tales invasores, juzga que muchos de los elementos culturales, a veces de inspiración tolteca pero con "vestidura yucateca" sí regresaron al altiplano mexicano. Ninguna fuente histórica mexicana alude al retorno del grupo que emigró de Tula en dirección al área maya, pero Landa asienta que "Cuculcán vivió con los señores algunos años en aquella ciudad (Mayapán) y que dejándolos en mucha paz y amistad se tornó por el mismo camino a México, y que de pasada se detuvo en Champotón...", y también "que después de su vuelta fue tenido en México por uno de sus dioses y llamado Cezalcuati (Quetzalcoatl)". La afirmación de Landa puede interpretarse indudablemente como el

regreso al centro de México de parte de los invasores toltecas, lo que daría un apoyo histórico a la sugestión de Kubler respecto a influencias desde Chichén hacia Tula.

La secuencia arquitectónica de Kubler no coincide con la de Tozzer, estribando la divergencia fundamental entre ambas en la asignación cronológica de dos edificios: El Juego de Pelota (tardío para Kubler y de la primera fase del período tolteca para Tozzer) y el Templo de los Guerreros (más antiguo para Kubler que para Tozzer). Sin embargo, creemos que tal discrepancia no afecta sensiblemente la discusión del tema que desarrolla Kubler, por lo que prescindiremos de analizarla.

Un punto importante es que Kubler por una parte sostiene rotundamente que “no hay nada en Tula que corresponda a los primeros períodos del arte tolteca en Chichén-Itzá”, y que por otra parte atribuye a su primer período tolteca la Subestructura del Castillo, en la que consecuentemente se supone que niega la presencia de elementos conocidos en Tula mientras que resalta la de reminiscencias del Peten, Río Bec y Puuc. Sin embargo se refiere a “figuras en perfil de jaguares en procesión bajo una serie de escudos mexicanos que llevan dibujos en forma de corazón”. Independientemente de estos escudos, cuya filiación mexicana reconoce Kubler, la procesión de jaguares parece ser un argumento fuerte en contra de su tesis. Es cierto que trata de soslayar su importancia considerando estos motivos como “ornamentación... indecisa y experimental, como si los escultores trataran de reproducir las formas por descripciones verbales más bien que por modelos visibles”. La reproducción del jaguar no es desconocida en la iconografía maya clásica, pero no formaba parte de la tradición yucateca —salvo bajo forma de tronos—, por lo que su aparición en composición procesional en el templo interior del Castillo resulta más justificable como aportación tolteca ya que en el altiplano de México sí hay antecedentes de carnívoros caminando (jaguares y coyotes) en las pinturas murales de Atetelco, en Teotihuacán. Es probable pues que tales jaguares en procesión de la subestructura del Castillo sean una imitación de los relieves de Tula, y si les falta la rudeza y la expresión de ferocidad de los modelos toltecas, es muy posible que se deba a que fueron esculpidos “por descripciones verbales” como dice Kubler. Es más fácil explicar sus formas poco realistas (más se parecen a cerditos que a felinos) justamente por tratarse

de remedos hechos a distancia de arquetipos toltecas, que como ensayos experimentales de escultores mayas, los que para crear tales formas no hubieran precisado de descripciones verbales puesto que conocían a los animales en la realidad. Es decir, que creemos como él que los artistas trabajaron sobre patrones extraños, pero precisamente porque éstos procedían de Tula.

Al referirse a la serpiente emplumada, Kubler recuerda que se conocía en Teotihuacán mucho antes de que apareciera entre los Toltecas, pero al decir que “la interpenetración de ideas mexicanas y de formas mayas es al menos tan antigua como el arte clásico temprano de Kaminaljuyú” deja entender que el motivo de la serpiente emplumada —idea mexicana— se presenta en Chichén-Itzá bajo forma maya, lo que no es admisible. En efecto, si en escasas representaciones del clásico maya, la serpiente puede llevar como adornos además de joyas algún manojo o copete de plumas, sin implicar necesariamente el concepto de “serpiente emplumada” y menos aún el símbolo de Quetzalcóatl, sino simplemente con el significado de “serpiente ricamente adornada” o “serpiente preciosa”, por el contrario la serpiente cuyo cuerpo está cubierto con plumas tal como aparece en Teotihuacán, Tula, Chichén-Itzá y Uxmal (en este último sitio como probable adición posterior a las construcciones) es evidentemente en idea y forma un producto del altiplano mexicano.

El Caracol sería para Kubler “la manifestación más antigua y más original del culto a Quetzolcóatl-Kukulcan en Chichén-Itzá”, por ser posiblemente su forma cilíndrica y su escalera en caracol una representación de la concha, atributo de Quetzalcóatl como dios del viento. Nuevamente afirma Kubler en apoyo de su tesis que la concepción es mexicana, pero que la “técnica y las formas dominantes de la construcción abovedada muestran su origen maya”. Diferimos diametralmente de esta conclusión, ya que el edificio redondo, no sólo es una concepción no maya sino una realización muchas veces repetida en la región huasteca, por lo que no puede hablarse de su “origen maya”. Los constructores yucatecos no hicieron más que aplicar a la edificación su técnica peculiar de techar y emplear los adornos (molduras y mascarones) de la tradición yucateca, como sucede en los demás monumentos del período tolteca de Chichén-Itzá. Debe recordarse también que el edifi-

cio redondo se conoce en Tula cuando menos en forma mixta (planta parcialmente rectangular y circular de El Corral).

Sugiere Kubler un posible origen zapoteca para varios elementos arquitectónicos del Chichén tolteca: los tableros del Castillo semejantes a los de Monte Albán, la base en talud de los templos y las columnatas interiores como en Mitla. Tal sugerencia tiende a descartar a Tula como lugar de procedencia de estos elementos, dentro del propósito general de la tesis. Es probable que entre el área maya y Oaxaca haya existido en el curso de los siglos un intercambio de estímulos y de hechos. Sin entrar a analizar detalladamente el punto, creemos que el uso de la columna en el área maya, desconocido en la zona central (Peten-Usumacinta) y que aparece en la región de Río Bec —empotradas como adornos de muros y aisladas como soportes— en el clásico tardío, proviene de Oaxaca en donde se conoce desde el preclásico y pasa también al norte de Yucatán, en donde lo tenemos en Edzná y en el Puuc. Por el contrario el friso de motivos geométricos-simbólicos hechos de un mosaico de piedras empotradas que caracteriza tanto la ornamentación de Mitla como la del Puuc, debe proceder de esta región maya, en donde ocurre en época más antigua que en Mitla. El tablero de los cuerpos de la pirámide del Castillo puede haber venido de Oaxaca en una de las corrientes de influencias de sur a norte. El hecho de que la columnata interior se haya utilizado en Mitla quizá antes que en Tula, no implica forzosamente que su aparición en el Chichén tolteca se deba a una importación directa de Oaxaca, ya que bien pudo también pasar de la zona zapoteca al altiplano mexicano y de allá a Yucatán junto con todo el complejo tolteca. En cuanto a la base en talud de los templos, aparece tardíamente en Oaxaca (precisamente en Mitla), mientras que la combinación del plano oblicuo y del vertical en el revestimiento de los cuerpos de las pirámides es tradición antigua en la arquitectura del centro de México.

Una de las apreciaciones más discutibles de Kubler es de que las columnas serpentiformes recuerdan las columnas efigies del período Puuc, o para mayor precisión que “las columnas serpentiformes de Chichén-Itzá se anticipan en la escultura clásica tardía maya bajo forma de columnas efigies como las de Oxkintok”. Las columnas esculpidas aparecen efectivamente durante el clásico tardío en el área maya en las regiones

de Río Bec (Culuchalom) y Puuc (Oxkintok, Sayil, Xculhoc, Xcochá, Calkiní, etc.), pero no tienen en común con las serpentiformes de Chichén más que el hecho de ser soportes de sección circular y estar esculpidos. La singular columna en que el fuste está constituido por el cuerpo de la serpiente, el capitel por la cola, y en que la base está formada por la cabeza recostada sobre el piso, no tiene antecedente alguno en el área maya. Las columnas del Puuc llevan en relieve (alto en Oxkintok, bajo en Sayil y Xculhoc) representaciones de personajes integradas en el bloque cilíndrico, por más que algunas de Oxkintok tienden a salirse de él, pero es evidente que en todos los casos es la figura la que queda supeditada a la columna, mientras que en el caso de Chichén, la forma de la columna está determinada por la estructura de la serpiente considerada en una extraña posición erguida.

Considera Kubler que "las figuras de guerreros del Chichén tolteca tienen muchos precedentes en la región del Usumacinta, por ejemplo en Bonampak, Piedras Negras y Yaxchilán". En otro párrafo se refiere concretamente a las figuras de las estelas. Pensamos que hay una diferencia de propósito en la ejecución de estas figuras y la de los guerreros de Chichén, aparte de las notables diferencias estilísticas. En las ciudades del Peten y de la región del Usumacinta, existen estelas con representaciones de personajes, generalmente sacerdotes, y casi siempre a razón de una sola estela o de un muy limitado número de estelas asociadas a cada edificio. Se acepta que tales representaciones pretenden glorificar a individuos que debieron ser famosos en su época. Proskouriakoff lanzó la hipótesis de que cuando hay varias estelas asociadas a un edificio, se relacionan con la vida y hechos principales de un personaje. La práctica de esculpir estas estelas cabe perfectamente dentro del marco feudal de la sociedad maya del período clásico, y obedece al afán de eternizar a alguno o algunos grandes señores en cada ciudad. Lo que nos ofrece el Chichén tolteca, con centenares de guerreros esculpidos en pilares, jambas y banquetas de edificios, responde a un fenómeno diferente. No se trata aquí de glorificar a ciertos personajes excepcionales de la historia de cada sitio, sino a una clase que debió sin duda jugar papel notable en la dominación de Chichén. Aunque muchos de estos guerreros llevan asociados algunos signos que pueden ser su nombre, es la casta militar tolteca en su conjunto

la que se glorifica en tales relieves. El predominio de una casta guerrera, la existencia de toda una estructura militarista y de actividades bélicas coincide con la entrada en el escenario histórico de Mesoamérica precisamente de los toltecas, por lo que la proliferación de figuras de guerreros en Chichén-Itzá se justifica mucho mejor como consecuencia de la ocupación tolteca y como concepción y expresión toltecas que como renacimiento de ideas y formas del maya clásico.

Al principio de esta exposición mencionamos ciertos elementos que, existiendo tanto en Tula como en Chichén, podrían no tener un origen tolteca sino maya. Veamos ahora a qué conclusiones puede llegarse sobre ellos.

Sugerimos el parecido entre el chacmool y un glifo palenquero. En realidad no pretendemos que tal glifo (que no aparece que sepamos en Yucatán) haya servido de modelo a los artistas toltecas para concebir la idea de la escultura de un hombre recostado, ya que no podríamos siquiera imaginar cómo les habría llegado tal motivo. Tal peculiar escultura puede perfectamente ser una creación tolteca, cuya inspiración desconocemos pero que quizá guarde relación con la deidad Quetzalcoatl, ya que Sahagún relata que su estatua en un alto "cu" de Tula "estaba siempre echada".*

Muy difícil también es determinar el origen de las figuras de "atlantes" soportando mesas o altares. Mencionamos la posibilidad de que fueran representaciones de los Bacabes, sostenedores del cielo en los cuatro rumbos cardinales. Sin embargo la idea de emplear seres humanos como soportes debió ser más difundida desde tiempos remotos, como lo demuestra el altar de San Lorenzo Tenochtitlán, en Veracruz (Stirling, Mathews, "On the trade of La Venta Man", 1947, pl. 20) sostenido por pequeños seres de rasgos olmecas. El extremo parecido entre los atlantes de Chichén-Itzá y de Tula revela obviamente que están íntimamente ligados entre sí y que forman parte del complejo tolteca, sea que hayan sido inventados en Tula o en Chichén.

La idea de sostener el techo del templo por enormes columnas antropomorfas como son las llamadas "cariátides" de Tula es indudablemente asociada a la función de los "atlantes". En-

* A continuación de la conferencia, Acosta recordó que se encontraron en Tula 7 Chacmooles y no uno como dijo Kubler.

tre los "atlantes" de pequeña estatura en los altares o mesas de Tula y Chichén, los de mayor tamaño que soportan el dintel con fecha de Serie Inicial o del Templo de los Atlantes en Chichén-Viejo, y las cariátides de Tula, hay sin duda identidad de concepción y sólo diferencia de escala. Recordamos a las figuras en actitud semejante del friso de Xculhoc, pero el parecido formal no implica forzosamente equivalencia funcional y menos origen común. Para las columnas antropomorfas podríase uno inclinar a considerar las de Oxkintok y otros sitios del Puuc como arquetipos de las toltecas, pero debe recordarse que nunca son de bulto redondo, sino en alto o bajo relieve, y que la estatua exenta es rara en el arte maya, virtualmente desconocida en Yucatán antes del período tolteca, mientras que constituye una realización frecuente y tradicional en el arte del altiplano mexicano y una característica de la plástica tolteca. En resumen, las figuras de atlantes y cariátides, posiblemente no conceptualmente toltecas, deben serlo por la técnica escultórica con que se realizaron, y por su estilo rígido, en que predomina el propósito arquitectónico.

No se discute ya la costumbre de sacrificar seres humanos entre los mayas desde el período clásico, en vista de las representaciones conocidas de tales sacrificios, que entre varias modalidades podían ser por decapitación como por arrancamiento del corazón. No sería justo por lo tanto atribuir a los toltecas, como lo hacen algunos cronistas, la implantación de esta costumbre en el área maya septentrional, pero la presencia de varias piedras de sacrificios en edificios del período tolteca de Chichén-Itzá, puede significar un incremento de los sacrificios humanos.

Pasemos ahora a examinar las conclusiones generales de Kubler. La primera es que el Chichén tolteca constituye "un renacimiento del arte clásico maya", que su arquitectura es "más cosmopolita que lo que se infiere de compararla solamente con Tula" y que tal cosmopolitismo se debe a un "uso ecléctico de temas extraños" procedentes del Peten, Oaxaca y Teotihuacán.

Es cierto que los antecedentes del período tolteca en Chichén no deben buscarse exclusivamente en Tula. Muchos de los elementos arquitectónicos y ornamentales utilizados en dicho período preexistían en Yucatán antes de la llegada de los toltecas, algunos característicos del norte de la península,

tales como la técnica de revestimiento de los muros, la bóveda de piedras biseladas, los mascarones del dios Chaac, las molduras de tres elementos en el arquitrabe y la cornisa, la pequeña plataforma cuadrada con escaleras en los 4 lados, la columna cilíndrica, lisa o esculpida, el juego de pelota de paredes verticales, la pirámide de esquinas redondeadas, el asiento o trono de jaguar, la decoración de tamborcillos, el motivo serpentiniforme entrelazado. Parte de estos elementos fueron atribuidos durante algún tiempo a las influencias toltecas, antes de que se comprobara su presencia en el clásico maya.

Es cierto también que al norte de Yucatán llegaron ideas y hechos de otras regiones, algunas muy lejanas como Teotihuacán, Oaxaca y el Petén, pero no precisamente en el período tolteca como lo expresa Kubler en sus conclusiones, sino mucho antes. De Teotihuacán pueden haber llegado las figuras de Tlaloc asociadas al signo del año que se conocen de la fachada del Edificio Norte de las Monjas y del Templo Inferior del Adivino (probable primera estructura), así como la representación del buho en la fachada del Edificio Este de Las Monjas. De Oaxaca suponemos que hayan venido las columnas cilíndricas, las que se fabricaron, como en Monte Albán, con mampostería en la región de Río Bec (Channá) y en Edzná, y monolíticas o con pocas secciones en Edzná y la región del Puuc. Del Petén deben proceder las pirámides con esquinas reme- tidas como las de Acanceh y Cobá, o con escaleras en los cuatro lados y esquinas redondeadas como otra vez Acanceh y el Castillo de Chichén.

Junto con los toltecas llegaron al área maya septentrional elementos no inventados por ellos, pero tradicionales en el altiplano mexicano desde Teotihuacán, como la desviación del eje de los edificios de 17° al Este del Norte astronómico, la composición talud-tablero, las almenas o adornos de techos, la serpiente emplumada, la procesión de carnívoros sedientos (jaguares o coyotes), las vasijas con representaciones de Tlaloc; o de origen huasteca como los edificios redondos y el culto fálico; o de alguna parte de la costa atlántica como la cerámica* anaranjada fina; o posiblemente de los Altos de Guatemala como la cerámica "plumbate".

Discutimos el probable origen de motivos tales como las columnas serpentiniformes, los atlantes y las figuras de guerreros que Kubler trata de atribuir a antecedentes mayas, y del

chacmool, difícil de precisar, pero estos motivos no deben considerarse aislados sino como parte de un complejo de elementos extraños, de los cuales muchos no mencionados por Kubler, parecen ser innovaciones toltecas: los grandes vestíbulos de columnas o pilares al pie de las pirámides, las banquetas en talud con relieves de guerreros y cornisa con serpiente emplumada, las alfardas con serpientes entrelazadas, las representaciones de águilas y tigres comiendo corazones, el símbolo "hombre-pájaro-serpiente", el pectoral en forma de mariposa geometrizada, el tocado con pájaro al frente, el tezcacuitlapilli de los guerreros, el atlatl y la espada curva, los porta-estandartes. Para todos estos temas, sería difícil hallar arquetipos no toltecas y más difícil aún arquetipos mayas, por lo que pueden considerarse como invenciones verdaderamente toltecas.

En resumen, el período tolteca de Chichén muestra la continuación de la cultura Puuc, alterada notablemente por la cultura tolteca y por elementos que acompañan la difusión de ésta. La presencia de motivos atribuibles a otros núcleos como Peten, Oaxaca, Teotihuacán, se explica por los antecedentes tanto de la cultura Puuc como de la tolteca, ya que cada una en su área se integró con tradiciones más antiguas, sin que se descarte la posibilidad de la intrusión de algunos temas y técnicas extraños en una época caracterizada por migraciones y fuertes cambios culturales.

No podemos aceptar por lo tanto la afirmación de Kubler en el sentido de que el período tolteca de Chichén constituye "un renacimiento del arte clásico maya" y de que Chichén fue "mas bien centro creador que receptor". El clásico maya, representado por el estilo Puuc no renace sino que se prolonga como ya dijimos, pero amalgamado con temas que en su mayoría son los característicos de Tula. La creación consistió en saber aprovechar la tradición maya y tolteca y utilizarlas en feliz yuxtaposición de técnicas, motivos y estilos.

Pensamos que las relaciones entre Yucatán y Tula fueron mucho más complejas que lo que implica el esquema de Kubler al presentar a Tula como "una avanzada colonial de Chichén-Itzá", o el punto de vista de Acosta en el sentido de que Chichén tolteca es "parte integral de la cultura tolteca" y no debe considerarse dentro de la cultura maya.

Después del preclásico en que una cultura bastante homogénea cubría toda Mesoamérica, las grandes civilizaciones me-

soamericanas no se desarrollaron en vasos herméticos, sino en contacto unas con otras, a la vez emitiendo, recibiendo y propagando estímulos. Es así como ideas, técnicas, símbolos y estilos emanados de Teotihuacán, llegaron tanto al norte de Yucatán como a los alto de Guatemala; como otros conocimientos pasaron de Monte Albán a la región de Río Bec y el Puuc; como en dirección opuesta viajaron del área maya hacia Xochicalco y Tula ciertos conceptos; como más tarde ocurrió la dominación tolteca de Chichén con la consiguiente imposición de nuevos patrones; como apareció en Tula una concha grabada con motivos y glifos mayas; como tardíamente llegaron y se trabajaron los metales en Chichén; como finalmente y a consecuencia de contactos más estrechos entre el altiplano mexicano y Yucatán, se fabricaron braseros antropomorfos en Mayapán con representaciones de deidades mexicanas, y se pintaron frescos murales con notables reminiscencias mexicanas en Tulum y Santa Rita.

Hasta este momento nos limitamos a discutir el problema de las relaciones entre Tula y Chichén sobre una base estilística como lo hizo Kubler, sin tener en cuenta las fuentes históricas, las que, sin embargo, no pueden ignorarse. En varias ocasiones Kubler insiste en que su secuencia está basada sobre la correlación de Spinden y que por este motivo difiere de las conclusiones de Tozzer y los miembros de la Institución Carnegie, cuyos estudios siguen la correlación Thompson. No creemos necesario tomar en consideración aquí la discrepancia entre ambas correlaciones, ya que por una parte poseemos sobre Tula y Chichén una información histórica fechada, y que por otra parte no tenemos inconveniente en considerar correcta la secuencia arquitectónica y escultórica de Kubler y sus implicaciones cronológicas. Recordamos que Kubler asigna a los principales monumentos del Chichén tolteca las siguientes fechas:

Siglo XI. Caracol y Subestructura del Castillo.

Siglo XII. Templo de los Guerreros y Castillo.

Siglo XIII. Juego de Pelota, Venus y Mercado.

Puesto que según las fuentes toltecas y mayas la migración de Quetzalcóatl-Kukulcan ocurrió hacia fines del siglo X, tal migración puede ser responsable de las primeras influencias toltecas en Chichén que marcan el período temprano de Kubler.

Ahora bien, los elementos cuyo origen tolteca Kubler pone en duda, y que por el contrario atribuye a un "renacimiento

maya", tales como las columnas serpentiformes, las figuras de atlantes y las representaciones de guerreros, no aparecen sino hasta su período medio que sitúa en el siglo XII. Si estos motivos fueron inventados entonces en Chichén y regresaron después a Tula, no pudieron haber llegado a la metrópoli tolteca antes de fines del mismo siglo, es decir, cuando ésta, según fuentes cronológicamente precisas, ya había sido abandonada y destruida.

Esta contradicción invalida toda posibilidad de que ideas toltecas fueron vestidas a la moda maya en Chichén-Itzá y se implantaron más tarde en Tula, como concluye Kubler en su ensayo estilístico.

Nuestro propósito al publicar dicho ensayo en ESTUDIOS DE CULTURA MAYA y a discutirlo en la Sociedad Mexicana de Estudios Antropológicos, se debió a un criterio antidogmático, a una actitud de dudas de la que un investigador no debe nunca desprenderse. Puede opinarse que el problema de las relaciones entre Tula y Chichén estaba definitivamente resuelto y que sobraba cualquiera nueva discusión. Esto es cierto en lo fundamental, pero en nuestro campo de preocupaciones, en que nos falta aún tanto por investigar antes de poder presentar un cuadro no digamos perfecto sino satisfactoriamente congruente de las diversas civilizaciones mesoamericanas, cualquier problema, por resuelto que parezca, es susceptible de modificación frente a nuevos datos o enfoques diferentes. No debe por lo tanto temerse someterlo a nuevas pruebas, las que confirmarán o invalidarán su solución.

Al analizar el ensayo del doctor Kubler, procuramos mostrar la complejidad de una situación que no puede simplificarse ni en el esquema "Chichén es cultura tolteca", ni en el de "Tula es cultura maya". Procuramos también precisar hasta qué grado el Chichén del período tolteca es prolongación de una variante de la cultura maya en que se habían fundido elementos clásicos mayas, teotihuacanos y zapotecas, y al mismo tiempo resultante de la cultura tolteca que a su vez había nacido de la tradición teotihuacana y sobre la que influyeron otras civilizaciones de su época, probablemente la mixteca (greca del Coatepan-tli), la huasteca (Edificio de El Corral) y la maya, quizá através de Xochicalco (juego de pelota). Procuramos además recordar los movimientos de flujo y reflujo que afectaron el desarrollo de las civilizaciones americanas, causando a través de los siglos interacciones que sólo parcialmente conocemos.